

*Mí cuerpo, vida, esbelto.
Se le caerán un día
límites.
¡Qué divina desnudez!
Cuerpo
mío, basta; si yo mismo
ya no soy tú.*

(Yo ya no soy tú: tú terreno: yo anímico, ergo celestial, etc.)

El dualismo metafísico (alma-cuerpo) o síquico (el espejo de Narciso) articula una elemental dialéctica entre el Yo y el Otro, que es una estructura para manejarse, luego, respecto al Otro real, para el cual el Yo es también el Otro real. Hay, a veces, un efecto de esquizoidia entre estos dos Yo que son, a la vez, dos Otros, dentro del mismo cuerpo del sujeto que emite el poema:

*Soy tú rodando entre otros velos,
silencio o claridad, tierra o los astros;
soy tú yo mismo, yo soy tú, yo mío.*

3) *El reconocimiento erótico*: La muerte de Narciso y el alumbramiento del auténtico yo se produce cuando el Otro cobra realidad, es decir, cuando dispone de un cuerpo propio. El encuentro del Yo con el Otro real y la realización del Yo (su devenir real) se producen a la vez y son la misma cosa. Cuando el Yo reconoce al Otro se reconoce, se vuelve a conocer, esta vez bajo una nueva luz. Es real porque es real para el Otro, así como el Otro es real para él. El reconocimiento de la realidad del Otro, en la poesía alexandrina, pasa por el acto amoroso, concretamente erótico, el alcance del Otro a partir de su cuerpo y de cuerpo del Yo. Es un mutuo reconocimiento carnal, en la «opción terrena».

El Yo nace, pues, de la alteridad.

*He nacido una noche de verano
entre dos pausas.
Mí voz ya no es la tuya.*

La alteridad es actuar en el mundo, extender el Yo sobre el Otro:

*Para el mundo he nacido una noche
en que era suma y resta la clave de los sueños.
yo me muevo y, si giro, me busco...*

La alteridad es actuar en el mundo haciendo el amor con el Otro:

*Te penetro callando mientras grito o desgarró,
mientras mis alaridos hacen música o sueño.*

Al nacimiento del auténtico Yo corresponde la muerte del falso Otro, Narciso en el espejo. Amar y morir, el Yo real matando al Otro aparente, son términos necesariamente relativos.

*Ven, ven, muerte, amor; ven pronto, te destruyo;
ven que quiero matar o amar o morir o darte todo.*

Este reconocimiento tiene varias consecuencias:

— El receptor del poema cambia de calidad. Antes era un vago espacio vacío, indistinto, un ámbito abstracto, como luego fue el Otro ilusorio, al cual se trataba de tú, pero era un desdoblamiento del Yo dentro de sí mismo. El ámbito se había concretado, pero sin salir del Yo. Ahora el receptor es un Yo concreto, personalizado, corporalizado. Un Otro que tiene un término corporal y que es incorporado por el Yo, igualmente concreto. La poesía ha cambiado también de calidad. Ha pasado de monologal a dialógica. Si se quiere, en el sentido remoto de la palabra, se ha vuelto *dialéctica*, es decir, poesía de *dialecto*, de lenguaje actuado en habla, de interlocución. Se dialoga con un interlocutor real, que oye con los oídos de su cuerpo real, que está perfectamente fuera del sujeto emisor del poema.

— El mundo, como tal mundo, sigue siendo, no obstante, tan impertinente al poema, tan impenetrable a su verbo, como en el primer estadio. La única realidad del Yo (su única parte fuera de sí) es el ser amado. El resto no le pertenece, de ahí su impertinencia, su no pertenencia.

*...el mundo es entero,
el mundo es lo no partido,
lo que no puede separar ni el calor.*

Al no poder separar, escindir, distinguir (en definitiva, *juzgar*) la poesía, no es mundana, en las dimensiones abarcantes y macrocósmicas de la palabra mundo. Es apenas microcósmica, es decir, que circula por el pequeño mundo que construye la articulación del amante y el amado, y su diálogo de tú a tú.

— A la muerte de Narciso corresponde, tal vez con una orilla paradójica, la salvación del Yo real frente al Otro real. Esta es la opción que propone *La destrucción o el amor*. El Yo o ama o se destruye, porque no es auténtico Yo si no admite la realidad del Otro y se reduce a proponerse, ilusoriamente, como Otro de Sí Mismo en la imagen especular de Narciso. El yo se ha perdido por disolución en el lenguaje (*Pasión de la tierra*) y se ha buscado en su reflejo nar-

cisístico. No se ha encontrado ni en la densidad del poema sin referente ni en la cristalina y pasajera imagen de la fuente. Ante el peligro de destrucción, se aferra al Otro y se recupera. Espejo de carne, el cuerpo del Otro es su verdadera identidad, una mismidad existente por la alteridad.

— Al no ser el tú un desdoblamiento ilusorio del Yo, sino una realidad existente fuera de sí, a partir del cuerpo amado, término del mundo, el poema repuebla sus espacios con referentes corporales muy concretos. Tú no eres ya la imagen de Mí en las aguas del narcisismo. Tú eres tu cuerpo, tu sangre, tu carne, tú sensible para mí, tú erótico. El poema se refiere al pelo, a la boca, a las pestañas, a los ojos, a los cuerpos desnudos como piedras que «los besos encienden», a los dientes, a la piel asoleada, a los «muslos de acero», a «las ingles mojadas por la lluvia», a los «cuellos febriles», a las encías, etc. El sexo antropomorfiza el paisaje: la luna se compara a un hombro desnudo. En lugar de ser una masa indiferenciada y conjetural, agua oscura o noche, es algo que vibra, que compromete, desde fuera, la sensibilidad del sujeto del poema, de modo que éste rinde cuenta del nuevo fenómeno.

El mundo encierra la verdad de la vida

(Mundo: exterior. Verdad: oculta, encerrada, impenetrada.)

El yo alcanza *ese afán del amor o la muerte / de poder al fin besar lo exterior de la tierra*. Alcanzar: besar, contactarse eróticamente. Seguimos en plena «opción terrena».

— La palabra poética recupera sus referentes concretos al «salir» al mundo, mundo diurno del yo recién nacido por medio del acto erótico, del nuevo acto poético. Al «cantar doblando» (cantar el símil, el doble, el simulacro de las cosas) sigue un «cantar nombrando o reconociendo», en que hay cierta complacencia en señalar la nuda coseidad de las cosas:

*Hoy estoy más contento
porque monto un caballo de veras.
Las serpientes consiguen ser serpientes y las cintas son cintas.
Todo está bien. Pero está mejor ser de verdad.
Ser de verdad lo que es, lo que es sólo.
Todo lo que realmente tiene un sentido.*

En oposición, una imagen del antiguo «cantar doblando»:

*... una cabeza de cartón descolgada
se lamenta de no ser más que eso: elegancia.*

— El reconocimiento del Otro y del Yo en relación al Otro es absolutamente personalizado. El Otro no es un Otro cualquiera, sino el concreto ser amado por el Yo. El resto de la humanidad es también impertinente al poema, no constituye el interlocutor del poeta. Vale la pena subrayarlo porque textos de otros períodos alexandrinos (*Historia del corazón*, notablemente) propondrán una opción perfectamente distinta.

*Así por la mañana o por la tarde
cuando llegan las multitudes yo saludo con el gesto
y no les muestro el talón porque eso es una grosería.
Antes bien, les sonrío, les tiendo la mano,
dejo escapar un pensamiento, una mariposa irisada,
mientras rubrico mi protesta, convirtiéndome en estiércol.*

El deslumbramiento de nacer reemplaza a Narciso por Adán, el hombre que se cree el único y fundacional ser sobre la tierra. Y, como único, incomparable, carente de prójimo. Soy Yo, eres Tú (mi Yo fuera de Mí) y nadie más. Cuando el Otro es indiferenciado y masivo, se niega, se censura, el poeta le da la espalda, le propone una respuesta escatológica y lo tacha del poema. Frente a la «opción terrena» subrayada por tantas actitudes, aquí se propone una «opción celestial», que tendrá su despliegue sistemático en *Sombra del paraíso*.

— La contrapartida de tomar al ser amado por el mundo es la despoblación del mundo cuando el ser amado desaparece, cuando el amor termina. Queda el mundo a solas. Yo único (Adán): Tú único (Mundo). Si el Tú desaparece, desaparece el mundo y queda Adán en su cósmica soledad, sin prójimos y, por lo mismo, sin identidad. No hay mundo; por lo tanto, no hay hombre, o sea: no hay Yo porque no hay Otro: *El hombre no existe. / Nunca ha existido, nunca.*

La «opción terrena» entra en crisis. Por haber tomado la tierra como un absoluto, su derogación al final del amor habilita al sujeto para una sensación de total desamparo, faltando el apoyo en una instancia trascendente.

*Cubierto por las telas de un cielo derrumbado
lejanamente el hombre contra un muro se seca.*

El poeta canta al *Mundo inhumano*, que vuelve a perder realidad al recuperar soledad:

*El mundo, nadie sabe dónde está, nadie puede decidir
sobre la verdad de su luz.*

Solo sobre la tierra, sin semejantes, en eclipse total de hombre, Adán levanta los ojos e interroga a la deteriorada imagen celestial. Sólo cae sobre su rostro la sombra del Paraíso (¿perdido? ¿anhelado?):

*... un hombre...
contempla los cielos como su mismo rostro
como su sola altura que una palabra rechaza:
Nadie.*

LA SANTIDAD

¿Quién dice *Sombra del paraíso*? Aquí tampoco es impertinente recordar fechas y situar la redacción del libro en la inmediata posguerra, entre 1939 y 1943. La «opción terrena» es completamente marginada y se abre el espacio pleno de la «opción celestial». De *Pasión de la tierra* a *Sombra del paraíso* los mismos títulos ya van comprometiendo opciones. Lo terrenal por lo paradisiaco. De la Historia se regresa al mundo inmaterial, sin tiempo, sin biografía, del «espíritu». Al reclamar la inocencia el poeta niega la precedencia y la continuidad, o sea la Historia (general y biográfica personal). Renace otra vez, pero desde la amnesia. No es siquiera Adán, porque Adán funda el pecado hereditario. Es un ser absolutamente único, primordial y más que humano, descendido de lo trascendente y que no renuncia a su origen celestial. No es el igual de los hombres, ni siquiera de un hombre determinado, como el amante lo es del amado, sino un monitor, un valedor de la vida humana, que dice su poema como una advertencia ultramundana. No es casual que lo diga en la España de la inmediata posguerra, optando por el cielo y no por la tierra. Esta pérdida de la Historia también tiene su historia.

Las notas de este nuevo sujeto del poema son las siguientes:

— *Es profético*: El poeta desciende a la tierra, habla a los hombres y, en ejercicio de una facultad sobrehumana, les advierte sobre el curso de los hechos futuros:

*Carne mortal la tuya que, arrebatada por el espíritu,
arde en la noche o se eleva en el mediodía poderoso,
inmensa lengua profética que lamiendo los cielos
ilumina palabras que dan muerte a los hombres.*

— *Solitario y gigantesco*: El poeta no tiene semejantes, lo que condiciona su soledad. Es un ser de dimensiones sobrehumanas, como